A la cólera del espejo.

El día se hacía viejo, los pasos de los transeúntes que recorrían la ciudad albergaban el deseo inmarcesible de un retorno, la vida se ha extenuado, lo reflejan sus ojos, el tiempo fenece cada día, pero es inútil detenerse.

Al caminar por las calles de la ciudad sentí que una gota fría recorría mi rostro, llevaba consigo aflicción. Por un momento sentí angustia, frote mis ojos pero no eran mis lágrimas, provenían de un tercer, cuarto, no sé, quizá quinto piso.

La irreprimible sensación de duda me condujo al lugar, al llegar encuentro el reflejo de un hombre en un espejo que reposa sentado, su rostro estaba iluminado por una tenue llama que se extinguía poco a poco, aquel sombrío espacio albergaba el sollozo abismal de alguien que perecía. Su mirada amparaba la fatiga de años vividos, parpadeos paulatinos dejaban vislumbrar sus ojos, ojos que se marchitaban con la noche. Como una hoja en otoño se contemplaba su rostro, su cabello cano iniciaba a desaparecer y su leve sonrisa marcaba una esperanza o quizá un apego. El ser de aquel hombre estremecía, no lograba apartar la mirada de su reflejo, el ímpetu que me colmaba hacía que permaneciera en aquel lugar. Decidí dar vuelta y encontrar la mirada de aquel hombre, pero fue allí cuando el pánico y la atrocidad de su rostro brotaron un lamento incontrolable de mi ser, su cuerpo se encontraba cubierto de sangre, en su rostro habían fenecido todas las arrugas que proyectaba en su reflejo, tenía heridas que cubrían todo su cuerpo, y una puñalada profunda en su pecho denotaba que su prematura vida se había extuado.78